

NICK VUJICIC

UN ESPÍRITU
INVENCIBLE

El increíble poder de la fe en acción

AGUILAR

La fe en acción

CUANDO ESTABA A PUNTO DE TERMINAR MI GIRA DE CONFERENCIAS por México en 2011, un funcionario de la embajada de los Estados Unidos en la ciudad de México llamó para informarme que mi visa de trabajo en los Estados Unidos estaba suspendida debido a una “investigación de seguridad nacional”.

Vivo en los Estados Unidos con esa visa de trabajo porque nací en Australia, y no podía regresar a California sin la misma. Un problema serio, pues mi equipo de trabajo ya había programado una próxima serie de conferencias en ese país.

A la mañana siguiente, fui a la embajada de los Estados Unidos con Richie, mi cuidador, para averiguar por qué razón mi visa estaba vinculada a asuntos de seguridad nacional. Cuando llegamos, el enorme salón de recepción estaba lleno de personas con el mismo problema. Tuvimos que tomar un número, como en la panadería. La espera fue tan prolongada que hasta dormí una buena siesta antes de que nos tocara el turno.

Cuando estoy nervioso recorro al humor, algo que no siempre funciona. «¿Hay algún problema con mis huellas digitales?», pregunté en tono de broma. El funcionario me miró fijamente y luego llamó a su supervisor (¿acaso porque mi sentido del humor implicaba una amenaza a la seguridad estadounidense?).

Llegó el supervisor con la misma mirada severa y, de repente, me imaginé tras las rejas.

«Su nombre está siendo objeto de una investigación. No podrá regresar a los Estados Unidos hasta que se haga la verificación correspondiente. Y el proceso podría demorar hasta un mes». Afirmó el supervisor como si fuera un autómatas.

Me quedé aterrado. *¡Esto no puede ser cierto!*

Richie cayó al suelo. Primeramente pensé que se había desmayado, pero en realidad se hincó de rodillas a rezar frente a doscientas personas. Es un cuidador muy compasivo, y levantó los brazos con las manos unidas, pidiéndole a Dios un milagro que nos permitiera regresar a casa.

De repente, todo a mi alrededor pareció moverse a toda velocidad y en cámara lenta a la vez. Y mientras mi cabeza daba vueltas, el funcionario diplomático añadió que tal vez mi nombre llamó la atención por mis continuos viajes por el mundo.

¿Acaso sospechaban que yo era un terrorista internacional? ¿Un traficante de armas sin brazos? Honestamente, jamás le puse a nadie una mano encima. (¿Ven lo que ocurre cuando estoy nervioso? ¡Ayúdenme a cerrar la boca, por favor!)

«Pero vamos, hablando en serio, ¿qué peligro puede implicar una persona como yo? Precisamente el presidente de México y su esposa me han invitado a asistir mañana a una fiesta del Día de Reyes en su residencia. Por tanto, *ellos* no me consideran una amenaza», le dije al funcionario.

Pero el diplomático respondió, inmutable: «No me importa si va a reunirse con el mismísimo presidente Obama. No volverá a entrar en los Estados Unidos hasta que termine la investigación».

La situación podría haber resultado divertida si mi calendario de compromisos no hubiera estado lleno de conferencias en los benditos Estados Unidos de América. Tenía que regresar.

No estaba dispuesto a esperar sentado a que alguien decidiera que Nick no significaba una amenaza para la seguridad de los estadounidenses. Seguí implorándole al funcionario de la embajada durante varios minutos más, explicándole mis obligaciones, dándole nombres de personas importantes, y resaltando que tenía empleados que dependían de mí y huérfanos que me esperaban.

El funcionario llamó a otra persona de mayor rango diplomático. «Todo lo que podemos hacer es tratar de acelerar el proceso. Pero aún así demoraría al menos un par de semanas», aseguró.

Dos semanas en las que tal vez tenía programadas una decena de conferencias. Pero el funcionario de la embajada no se compadeció, y no quedó más remedio que volver al hotel, desde donde comencé a llamar desesperado a todo el que conocía en busca de ayuda y oraciones.

En ese momento, aproveché el poder de la fe en acción.

No basta limitarse a decir: “Creo en algo”. Si quieres ejercer un impacto en este mundo, debes poner tus creencias y tu fe en acción. En este caso, aproveché mi fe en el poder de la oración. Llamé a nuestro equipo en mi organización sin fines de lucro Life Without Limbs (LWL) en California, y les pedí que comenzaran una cadena de oración. «Estamos creando una cadena de mando ¡hasta el Altísimo!», les dije.

Mi equipo de LWL comenzó a hacer múltiples llamadas telefónicas y envió un torrente de mensajes de correo electrónico y de texto y *tweets*. Al cabo de una hora, ciento cincuenta personas estaban orando por una rápida resolución al problema de mi visa. Y también llamé a amigos y colaboradores que pudieran tener influencia, parientes, vecinos o antiguos discípulos en el Departamento de Estado.

Tres horas más tarde, me llamó un funcionario de la embajada en México. «No puedo creerlo, pero ya se aclaró todo. La investigación terminó. Pueden venir a recoger la renovación de su visa mañana en la mañana», dijo.

¡Ese es, amigo mío, el poder de la fe en acción! Puede mover montañas, y sacar también a Nick de México.

ACTUAR CON FE

En mis viajes por el mundo, muchas personas que enfrentan desafíos me piden consejos y oraciones. A menudo saben lo que necesitan hacer, pero temen realizar un cambio o dar el primer paso pidiendo ayuda o confiando en Dios. Tú también puedes tener por delante retos que te hacen sentir desamparado, temeroso, estancado, paralizado, inseguro e incapaz de actuar. Lo comprendo. También me ha ocurrido a mí. Cuando los adolescentes y jóvenes adultos vienen a decirme que son víctimas de acoso, que se sienten perdidos y solos en el mundo, o que les atemorizan sus discapacidades, enfermedades o pensamientos autodestructivos, sé exactamente de lo que me hablan.

Aunque mis retos físicos son evidentes, sólo hay que hablar conmigo o escucharme unos minutos para comprender cuánta alegría tengo a pesar de ello. Por eso, me preguntan a menudo cómo puedo ser positivo y dónde hallo la fuerza para vencer mis discapacidades. Mi respuesta es siempre la misma: “Rezo y le pido ayuda a Dios, y luego pongo mi fe en acción”. Tengo fe. Creo en ciertas cosas de las que no tengo prueba tangible. Cosas que no puedo ver, degustar, tocar, oler u oír. Pero, sobre todo, tengo fe en Dios. Aunque no puedo verlo ni tocarlo, creo que Él me creó con un propósito, y creo que cuando pongo mi fe y mis creencias en acción, me pongo al alcance de las bendiciones de Dios.

¿Lograré siempre lo que *yo* quiero? ¡No! Pero alcanzaré lo que *Dios* quiera. Y lo mismo se cumple en ti. Independientemente de que seas o no cristiano, nunca des por sentado que creer en algo es suficiente. Puedes creer en tus sueños, pero tienes que actuar para que se cumplan. Puedes creer en tu talento y tener fe en tus capacidades, pero si no las desarrollas ni las usas, ¿de qué te sirven? Puedes creer que eres una persona buena y compasiva, pero si no tratas a los demás con bondad y compasión, ¿dónde está la prueba?

Tienes la opción. Puedes creer o no. Pero *si* crees —*en cualquier cosa*— debes actuar consecuentemente. De lo contrario, ¿qué caso tiene creer?

Quizá hayas enfrentado desafíos en tu profesión, tus relaciones o tu salud. Tal vez hayas sido víctima de maltratos, abusos o discriminación. Todo eso que *te ha ocurrido*, te define a ti o a tu vida *si* no actúas para definirte a ti mismo. Podrás creer en tu talento. Podrás creer que puedes dar amor. Podrás creer que eres capaz de vencer tu enfermedad o discapacidad. Pero esa creencia en sí no traerá cambios positivos a tu vida.

Debes ponerla en acción.

Si crees que puedes mejorar tu vida o imprimir una huella positiva en tu ciudad, en tu estado o en el mundo, actúa consecuentemente con aquello en lo que crees. Si piensas que tienes una magnífica idea para crear tu propio negocio, debes invertir tiempo, dinero y talento para materializarlo. De lo contrario, ¿de qué sirve sólo tener esa idea? Si has identificado a alguien con quien te gustaría estar el resto de su vida, ¿por qué no pones en acción esa idea? ¿Qué tienes que perder?

LA RECOMPENSA DE PONER LA FE EN ACCIÓN

Tener fe, creencias y convicciones es algo muy bueno, pero tu vida se medirá de acuerdo con las acciones que emprendas con respecto a las mismas. Puedes crear una vida excelente a partir de aquellas cosas en las que crees y en las que tienes fe. Yo creé la mía en torno a mi convicción de que puedo inspirar y darles esperanza a quienes enfrentan retos en sus vidas. Una convicción vinculada a mi fe en Dios. Tengo fe en que Él me trajo a la Tierra para amar, inspirar y estimular al prójimo, y especialmente para ayudar a todo el que desee aceptar a Jesucristo como su Señor y Salvador. Creo que nunca podré ganarme el camino al Cielo, y por la fe acepto el don del perdón de los pecados mediante Cristo Jesús. Sin embargo, la clave no está en el afán de “entrar por las puertas del Cielo”. También hay que propiciar el cambio de otras personas por el poder de Su Espíritu Santo, mediante el establecimiento de una estrecha relación con Jesucristo durante toda la vida, y luego recibir más recompensas en la Gloria.

Haber nacido sin brazos ni piernas no fue un castigo de Dios. Eso lo sé ahora, pues me he dado cuenta de que esta “discapacidad” aumenta mi poder de servir a Su propósito como orador y evangelista. Tal vez sientas la tentación de pensar que estoy ejecutando un gran acto de fe para sentirme así, pues la mayoría de las personas consideran mi falta de miembros como una enorme discapacidad. Por el contrario, Dios ha usado esa falta de miembros para atraer personas a mí, especialmente otros discapacitados, y así inspirarlos con mis mensajes de fe, esperanza y amor.

En la Biblia, el apóstol Santiago dice que nuestras acciones, no nuestras palabras, son la prueba de nuestra fe. Así lo enuncia en el capítulo 2, versículo 18 de su *Epístola*: “Y al contrario, alguno podrá decir: ‘¿Tú tienes fe?; pues yo tengo obras. Pruébame tu fe sin obras y yo te probaré por las obras mi fe’”.

He oído decir que *nuestras acciones* son para nuestra fe y nuestras creencias lo mismo que *nuestros cuerpos* para nuestros espíritus. Tu cuerpo es el domicilio de tu espíritu, la evidencia de su existencia. De la misma manera, tus acciones son evidencia de tu fe y creencias. Seguramente conoces el término “predicar con el ejemplo”. Tu familia, maestros, jefes, compañeros de trabajo y clientes esperan que actúes y vivas en correspondencia con las creencias y convicciones que afirmas tener. Si no lo haces, no creerán en ti, ¿no es cierto?

Nuestros semejantes no nos juzgan por lo que decimos, sino por lo que hacemos. Si afirmas ser una buena esposa y madre, entonces tendrás alguna vez que priorizar los intereses de la familia por encima de los tuyos. Si crees que tu objetivo es compartir tu talento artístico con el mundo, entonces te juzgarán por las obras que produzcas, no por las que sólo propongamos. Hay que predicar con el ejemplo. Si no lo haces así, no tendrás credibilidad ante los demás —o ante ti mismo— porque también deberás pedir que tus acciones se correspondan con tus palabras. Si no ocurre así, nunca vivirás en armonía y plenitud.

Como cristiano, creo que el juez final de cómo hemos vivido es Dios. La Biblia enseña que Su dictamen se basa en nuestras acciones y no en

nuestras palabras. Como se lee en *Apocalipsis* 20:12: “Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie delante del trono; fueron abiertos unos libros, y luego se abrió otro libro, que es el de la vida; y los muertos fueron juzgados según lo escrito en los libros, *según sus obras*”. Yo actúo en correspondencia con lo que creo, viajando por el mundo y animando a que nos amemos mutuamente, y que amemos a Dios. Un propósito que me satisface. Creo realmente que es la razón por la que fui creado. Si actúas en consonancia con lo que crees, y pones tu fe en acción, también te sentirás gratificado. Y te ruego que no te desanimes si no te sientes absoluta y continuamente confiado en cuál es tu objetivo y en cómo lo materializas. Yo he batallado hasta ahora y sigo luchando. Hazlo tú también. Yo me equivoco y estoy muy lejos de la perfección. Pero las obras son simplemente el fruto, el resultado de la profundidad de una auténtica certeza sobre la verdad. La verdad, no el propósito, es lo que nos libera. Yo encontré mi propósito porque buscaba la verdad.

Es difícil encontrar el propósito o el bien en circunstancias difíciles, pero ese es el camino que hay que andar. ¿Por qué tiene que ser andado el camino? ¿Por qué no nos recoge un helicóptero y nos lleva a la meta? Porque en tiempos difíciles se aprende más, se crece más en la fe, se ama más a Dios, y amamos más al prójimo. El camino de la fe comienza en el amor y termina en el amor.

Frederick Douglass, el exesclavo estadounidense que se convirtió en activista social, dijo: “Si no hay lucha, no hay progreso”. Tu carácter se forma con los retos que enfrentas y vences. Tu valor crece cuando afrontas tus temores. Tu poder y tu fe se construyen en la medida en que se ponen a prueba durante las experiencias de tu vida.

MI FE EN ACCIÓN

He descubierto una y otra vez que cuando le pedimos ayuda a Dios y luego actuamos, sabiendo en lo profundo del corazón que Él nos protege, no hay razón para temer. Eso me lo enseñaron mis padres, especialmente

en la forma que vivieron cada día. Ellos son los mejores ejemplos de fe en acción de los que he sido testigo.

Aunque llegué a esta Tierra faltándome “algunas cositas”, como dice mi madre, me siento bendecido en muchas, muchas maneras. Mis padres me han apoyado siempre. No me trataron con mimos, me castigaron cuando lo merecí, y me concedieron espacio para que cometiera mis propios errores. Pero, sobre todo, son maravillosos ejemplos de conducta.

Fui el primogénito, y definitivamente una sorpresa. A pesar de hacer las pruebas usuales, el médico de mi madre no detectó indicación alguna de que vendría al mundo sin brazos ni piernas. Y como mi madre era una enfermera experta que participó en cientos de partos, tomó las precauciones necesarias durante su embarazo.

No hace falta decir que tanto ella como mi padre se quedaron pasmados cuando me vieron sin miembros. Son cristianos devotos, e incluso mi padre era pastor seglar. Por tanto, ambos oraron en busca de ayuda mientras yo era sometido a varios días de pruebas después de mi nacimiento.

Como todos los bebitos, no traje conmigo un libro de instrucciones, por lo que mis padres habrían agradecido algún que otro consejo. No conocían a ninguna pareja con hijos sin miembros, en un mundo concebido para personas con brazos y piernas.

Al principio se sintieron abrumados como cualquier padre en su situación. Durante la primera semana los embargó la ira, los sentimientos de culpa, la depresión, la desesperación. Y lloraron mucho, adoloridos por el niño perfectamente formado que se imaginaron, pero que no recibieron. También porque temían que mi vida fuera a ser muy difícil.

Mis padres no podían imaginar cuál era el plan que Dios tenía en mente para un chico como yo. Sin embargo, en cuanto se recuperaron de la conmoción inicial, decidieron depositar su fe en Dios, y luego ponerla en acción, abandonando sus intentos de comprender por qué Dios les había enviado un niño así. Por el contrario, se sometieron a Su Plan, cualquiera que fuese, y procedieron a criarme lo mejor posible, de la única manera que pudieron: colmándome de todo su amor día a día.

HECHO A MEDIDA PARA UN PROPÓSITO

Cuando mis padres agotaron todos los recursos médicos en Australia, buscaron ayuda para mí en Canadá, en los Estados Unidos, y en cualquier parte del mundo que ofreciera esperanza e información. Pero jamás descubrieron una razón médica total de mi afección, a pesar de que se manejaron muchas teorías. Y como mi hermano Aaron, y mi hermana Michelle nacieron años después con sus miembros correspondientes, aparentemente no hubo problemas de defectos genéticos.

Con el paso del tiempo, mis padres consideraron el *por qué* de mi creación mucho menos importante en relación al *cómo* de mi supervivencia. ¿Cómo iba a aprender a moverse este chico sin piernas? ¿Cómo se cuidaría a sí mismo? ¿Cómo podría ir a la escuela? ¿Cómo iba a poder buscarse el sustento cuando llegara a la adultez? Por supuesto, nada de lo anterior preocupaba al bebito que fui. No tenía la menor idea de que mi cuerpo no era “normal”. Pensaba que la gente me miraba porque les resultaba muy adorable. También me creía indestructible e invencible. Mis pobres padres podían contener apenas sus temores cuando solía deslizarme como una bolsa humana del sofá al suelo, por encima de los asientos del automóvil y por el patio.

Te podrás imaginar su preocupación cuando me sorprendieron bajando en patineta por una cuesta empinada. *¡Mira, mamá, lo hago sin las manos!* A pesar de sus amantes esfuerzos por equiparme con sillas de ruedas y otros aparatos, creé obstinadamente mis propios métodos de movilidad. La piel de mi frente adquirió la misma rugosidad de la planta de la mayoría de los pies, debido a que me incorporaba desde la posición horizontal apoyándola sobre paredes, muebles o cualquier otro objeto estático, para ir luego retorciéndome hasta lograr la verticalidad.

Además, para horror de muchos espectadores inocentes, me zambullía en albercas y lagos después de descubrir que podía nadar y flotar reteniendo un poco de aire en los pulmones mientras me propulsaba con mi pequeño pie, útil apéndice que resultó invaluable después de que me practicaran una operación para separarlo, lo cual me permitió manipularlo con una

destreza sorprendente. Con el advenimiento del teléfono celular y las computadoras portátiles, pude usar mi pie para escribir y enviar mensajes de texto, lo cual fue también una bendición.

Aprendí finalmente a enfocarme en las soluciones y no en los problemas, a actuar en vez de preocuparme. Descubrí que cuando emprendía una acción, se producía un efecto desencadenante, recuperaba mi impulso y aumentaban mis poderes de solucionar los problemas. Se dice que el universo recompensa la acción, algo que ya está demostrado en mi caso.

Día tras día, Dios revela los planes que tiene para mí. Los temores y preocupaciones que tú puedas tener también disminuirán si se los ofreces a Él, y actúas con fe, elaborando soluciones, creando impulso y confiando en que Dios te mostrará el camino.

Igual seguirás enfrentando retos y frustraciones. Son parte de la vida. Pero cuando pongas tu fe en acción, gozarás de un poder indetenible, y verás los obstáculos como oportunidades para aprender y crecer. Honestamente, no siempre acepto los desafíos. En ocasiones, cuando ocurren, quiero preguntarle a Dios: “¿No me has dado ya demasiados retos?”. Pero, como de costumbre, he podido aplicar lo aprendido y lograr los mejores resultados en esa experiencia, sin importar lo difícil que haya podido ser.

He tenido tantas oportunidades de aprendizaje, que a estas alturas ya debería ser maestro del universo. Como podrás imaginar, enfrenté mis mayores obstáculos en la adolescencia, esa etapa de la vida en que todos tratamos de descubrir quiénes somos y cómo encajamos (o no) en este orden de cosas.

A pesar de que tuve muchos amigos y era popular en la escuela, no faltaron abusadores que me atormentaban. En más de una ocasión fui víctima de comentarios crueles. A pesar de mi espíritu optimista y resuelto por naturaleza, me fui dando cuenta de que nunca me parecería a nadie, ni podría hacer todas las cosas que las personas configuradas “normalmente” pueden hacer.

En la medida que trataba de bromear acerca de mi carencia de miembros, me atormentó más y más la idea de que sería una carga para

quienes me amaban, pues no podría valerme por mí mismo. El otro gran temor era que nunca me casaría ni crearía mi propia familia, por que ninguna mujer querría un esposo que no pudiera abrazarla, protegerla, ni cargar a nuestros hijos.

En esos años de adolescencia, me preocupaba constantemente y se ensombrecían mis pensamientos. No podía imaginar por qué Dios me había creado para sufrir tal privación y soledad. Y me preguntaba si Él me estaba castigando, o si estaba consciente incluso de mi existencia. *¿Acaso era yo un error? ¿Cómo podía Dios, que ama a todos Sus hijos, ser tan cruel?*

Entre los ocho y los diez años, aquellos pensamientos sombríos provocaron desesperación e impulsos destructivos. Comencé a considerar la idea del suicidio, saltando desde una alta cornisa o ahogándome en la bañera, donde mis padres me dejaban confiados porque había aprendido a nadar.

Finalmente, traté de suicidarme en la bañera cuando tenía diez años. Intenté voltearme y mantener la cabeza bajo el agua un par de veces, pero no pude soportarlo, al pensar en la aflicción y el sentimiento de culpa que abrumaría a mis padres por el resto de sus vidas si me suicidaba. No podía hacerles un mal tan grande.

En esos momentos de depresión no pude apreciar que mi vida tenía un propósito. Si no podía valerme por mí mismo y no era digno del amor de una mujer, ¿para qué servía entonces? Me aterraba pensar que andaría vagando por la vida, solo y como una carga para mi familia. Mi desesperación de juventud se fundamentaba en la falta de fe en mí mismo, en mi objetivo y en mi Creador. No podía ver el camino que tenía ante mí, por lo que no pude creer en la posibilidad de tener una vida con propósito y plenitud. Como Dios no escuchó mi solicitud de un milagro que me devolviera mis brazos y mis piernas, también perdí la fe en Él.

Tal vez hayas tenido una experiencia similar. Quizá estés enfrentando un reto en este mismo instante. Si es así, te ruego que comprendas lo equivocado que estuve, y cuánto se limitó mi visión a causa de haber perdido la fe. Olvidé que Dios no se equivoca y que siempre tiene un plan para nosotros.

En los años que siguieron, se me fue revelando lentamente Su Plan y mi vida se desarrolló en formas que nunca soñé. Mis padres me animaron a pedir ayuda a mis condiscípulos y a confiar en que la mayoría me aceptaría. Al hacerlo, descubrí que se sentían inspirados por mis historias de victoria sobre mi discapacidad. ¡Y hasta algunos llegaron a considerarme una persona divertida! Su aceptación me motivó a dar charlas en organizaciones estudiantiles y grupos religiosos. La respuesta positiva a mis discursos me abrió los ojos. Con el tiempo me di cuenta de que uno de mis propósitos era inspirar a los demás para que vencieran sus propios desafíos y se acercaran más a Dios, si así lo deseaban.

Comencé a creer en mi propio valor. Mi fe en Dios se fortaleció enormemente mientras más actuaba al respecto. Cuando puse la fe en acción e inicié mi carrera de orador y evangelista internacional, recibí como recompensa una vida alegre e increíblemente gratificante que me ha llevado por el mundo, conociendo a millones de personas, ¡y ahora *a ti!*

NO HAY NECESIDAD DE PRUEBAS

Ni tú ni yo podemos ver lo que Dios nos depara. Por esa razón, jamás debes creer que tu destino está marcado por lo que más temes, ni tampoco que, cuando caigas, no volverás a levantarte. Debes tener fe en ti, en tu propósito y en el plan que Dios tiene para tu vida. Luego, aparta los miedos e inseguridades, y confía en que encontrarás tu camino. Tal vez no tengas ni idea de lo que te espera, pero es mejor actuar ante la vida que dejar que la vida actúe por ti.

Si tienes fe, no necesitas pruebas, porque vives en ella. No necesitas tener todas las respuestas acertadas, sólo las preguntas correctas. Nadie sabe lo que le tiene reservado el futuro. La mayor parte del tiempo, el plan de Dios está fuera de nuestro alcance, y a menudo hasta de nuestra imaginación. Cuando tenía diez años, nunca hubiera creído que al cabo de otros diez, Dios me enviaría a viajar por el mundo para hablarles a millones de personas, inspirándolas y guiándolas a Jesucristo. Tampoco

habría sabido que un día, el amor de mi familia sería igualado, e incluso sobrepasado, por el amor de la mujer inteligente, espiritual, intrépida y bella con la que me casé recientemente. Aquel chico al que le causaba desesperación pensar en su futuro, es actualmente un hombre en paz. Sé quién soy, y voy paso a paso, sabiendo que Dios me protege. Mi vida está llena de propósito y amor. ¿Están mis días exentos de preocupaciones? ¿Cada día está bendecido por el sol y las flores? Nada de eso. Sabemos que la vida no funciona de ese modo. Pero le agradezco a Dios por cada uno y por todos los momentos que me permite caminar por la senda que me ha asignado. Tanto tú como yo estamos aquí con un propósito. Yo encontré el mío, y debes considerar mi historia como garantía de que a ti también te espera tu camino.

CREER Y LOGRAR

Cuando aceptas en la fe que encontrarás tu propósito y seguirás paso a paso por la senda hacia el descubrimiento, te darás cuenta, como me ocurrió a mí, que la visión que tiene Dios de tu vida es más grande de lo que pudieras imaginar. Por ejemplo, no recibí el milagro de tener brazos y piernas, pero he visto muchas veces que yo puedo ser un milagro para otra persona. Por medio de mis experiencias, entre ellas la desesperación que me llevó a un intento de suicidio, puedo relacionarme con las luchas ajenas.

Yo puedo ser el milagro que te abra los ojos, te inspire, le infunda valor a tu corazón, te asegure que eres amado y te encamine a servir tu propósito.

EL AMOR IMPULSA LA FE HACIA LA ACCIÓN

La fe en acción se resume en amor. Yo te amo tanto que me importas lo suficiente como para servirte, ayudarte y escucharte, para inspirarte y estimularte. Todo gira siempre en torno al amor. Tenemos el poder de amar sin límites y es necesario activar ese amor, no sólo para cumplir con

nuestro propósito, sino para desempeñar un papel a fin de que el mundo entero logre la paz y la plenitud en la vida. Si tu viaje por la vida comienza y termina en el amor, yo quiero ser parte del amor otorgado por Dios para llevarte por esa senda.

El apóstol San Pablo dijo: “Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe... Aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad, nada soy”.

En un mundo que nos parece a menudo endurecido y cruel, tendemos a perder de vista el hecho de que Dios nos ama. Él envió a Su Hijo para pagar el precio y morir por nosotros. Está siempre a nuestro lado. Cuando se conoce el poder de Dios, no queremos nada más que amarlo a Él y a todos los que nos rodean. Aunque a veces lo olvidamos. Hasta yo mismo. Pero he descubierto que cuando más confundido estoy con respecto al plan que Dios me tiene reservado, cuando lucho seriamente para determinar qué debo hacer para servir a Su propósito, Él pone a alguien en mi camino, o crea una situación para revelármelo o para poner a prueba si yo predico con el ejemplo. Mi experiencia con Felipe Camiroaga es uno de los ejemplos más recientes y convincentes.

Durante años, Felipe fue copresentador de un programa televisivo de entrevistas tan popular como *The Oprah Winfrey Show* en los Estados Unidos. Junto a Carolina de Moras presentó “Buenos días a todos”, el programa con más tiempo de existencia en Chile. El espacio es el de mayor teleaudiencia en TVN, el canal estatal de la nación. En septiembre de 2011, durante mi segunda visita a Chile me invitaron a participar. Se suponía que la entrevista iba a durar veinte minutos, demasiado para un segmento de ese tipo, especialmente si se necesita un intérprete. Sin embargo, mi conversación con Felipe y Carolina duró cuarenta minutos, algo casi sin precedentes en esa clase de programas. Pero, desde mi perspectiva, lo mejor fue que mis entrevistadores me dejaron hablar extensamente acerca de lo que significa para mí la fe, y cómo la pongo en acción viajando por el mundo como evangelista y orador de motivación. Incluso Felipe mostró interés en mi mensaje, lo cual me sorprendió.

Aunque no lo conocía bien, estaba consciente de su reputación como el soltero de más alto nivel en Chile, un hombre cuya vida amorosa era objeto de gran interés por parte de los medios de comunicación. Aparentemente, a muchas personas les interesaba Felipe simplemente como celebridad. Sin embargo, durante nuestra entrevista me hizo preguntas muy serias sobre temas espirituales.

Por ejemplo, me preguntó cómo había llegado a conocer a Dios. Le respondí que para ello es necesario tener fe; es decir, creer en algo de lo que no existe prueba física. Le hablé de mi fe en que Jesús es el camino al Cielo y la vida eterna. También les confesé a Carolina, a Felipe y a su teleaudiencia, que soy una persona codiciosa: vivir noventa años en la Tierra no me basta, pues quiero vivir eternamente en la Gloria. «Pero hay algo mejor que ir al Cielo: animar a por lo menos una persona a que me acompañe. Por esa razón tengo fuerza. Guardo un par de zapatos en mi armario porque creo en los milagros, pero no hay milagro mayor que ver cómo una persona acepta a Dios. Oren para pedir fe, y Dios los ayudará paso a paso», les dije.

Mientras hablaba, me inundó una ola de gratitud. Estaba agradecido por poder expresar mi fe sin reservas y durante tanto tiempo en el programa de Felipe. También noté que a Felipe le emocionaron mis palabras, hasta las lágrimas. Y Carolina parecía escucharme atentamente.

Como evangelista que soy, considero naturalmente su interés como permiso para seguir hablando. Cuando me preguntaron si mi fe tenía límites, les respondí que si bien no puedo afirmar que todo es posible, «No hay límites para la alegría y la paz dentro de mí, independientemente de lo que me ocurra». Desearía poder decirle a los demás que si aman a Dios, todo saldrá bien. Pero lo cierto es que seguimos sufriendo a causa de las enfermedades, los problemas financieros, la ruptura de lazos afectivos y la pérdida de seres queridos. En cada vida ocurren tragedias, y creo que éstas existen para enseñarnos una lección. Espero que cuando todo aquel que sufre vea que disfruto de una vida plena de alegrías, piense: “Si Nick, que no tiene brazos ni piernas, está agradecido, entonces tendré que dar gracias por el día de hoy, y haré las cosas lo mejor posible”.

Durante la entrevista, les conté a Carolina y a Felipe una situación problemática que había confrontado meses atrás (que explicaré en detalle más adelante). «Siempre sé que Dios está ahí, pero en ocasiones Él me confunde. Aunque resulta difícil transitar por un valle, debemos recordar esto: “Voy a aprender algo en este valle que no hubiera podido aprender de otra manera, y hoy soy quien soy gracias a todo lo que me ha ocurrido”», les dije.

Tal vez a ti también te han abrumado ciertos acontecimientos, y has sentido confusión al preguntarte cómo es posible que formen parte del plan que te ha asignado Dios. Como les expliqué aquel día a mis entrevistadores chilenos, es posible salir adelante incluso en los momentos más sombríos, caminando paso a paso en la fe, sabiendo que cada día, cada aliento, cada momento es un regalo de Dios, y agradeciéndoselo todo el tiempo. «El mayor peligro es pensar que no necesitamos a Dios», les aseguré.

Durante todo el tiempo que estuve platicando, me maravilló el hecho de que nadie les hizo una señal a los presentadores para interrumpirme, agradecer mi participación y despedirme. De repente, Felipe sacó una pelota y me pidió que le demostrara mis destrezas de futbolista mundial, las cuales, como podrás imaginar, se limitan a cabezazos y golpes pequeños y precisos.

Para mi sorpresa, también reprodujeron en su totalidad mi video musical, que acababa de estrenarse. Finalmente, cuando llegó el final del programa, me sentí tan agradecido por todo lo que me habían dado, que dediqué otros cinco minutos a darles las gracias a Felipe, a Carolina, y a la teleaudiencia. Luego oré por ellos y le pedí al Espíritu Santo que descendiera, que tocara sus corazones, y les diera fuerza, paz y la tranquilidad de saber que Dios los ama, que tiene un plan para ellos, y que siempre los protegerá. También le pedí a Jesús que nos ayudara a todos a tener fe para creer en Él.

Y seguí esperando a que alguien entrara a sacarme del estudio con un gancho, pero no ocurrió tal cosa. Hablando en serio, ese día me concedieron tanto tiempo al aire que comencé a preguntarme si

mis padres, primos y otros buenos colaboradores habrían invadido secretamente el estudio, y se habían hecho cargo de la dirección del programa y el control de las cámaras. Luego me enteré que el director del programa era un cristiano consecuente y un gran admirador, y le pidió al equipo que siguieran sin interrupción. Al término del programa el director, lloroso, me dio las gracias con gran afecto. Y todos nos aseguraron que jamás habían recibido una reacción tan positiva de llamadas de agradecimiento a TVN por dejarme narrar mi historia.

GUIADO POR LA FE

Mi comparecencia en el programa matutino con Felipe y Carolina fue una experiencia tan grande, que esa tarde, a mi regreso al hotel, seguía cabalgando entre nubes. Como me sentía eufórico, puse música y comencé a navegar por Internet. De repente sonó el teléfono. Era la intérprete del programa, quien me dijo que había ocurrido un accidente y que encendiera de inmediato el televisor. Al hacerlo, un noticiero mostraba la fotografía de Felipe y la escena de un accidente aéreo. Me bastó mi modesto español para comprender que el accidente había ocurrido en una isla remota y, para mi horror, Felipe era uno de los veintitún pasajeros del vuelo, en el que también se encontraban otros empleados de TVN.

Los equipos de búsqueda y rescate ya habían sido enviados al lugar del accidente. Como el desastre ocurrió en el Archipiélago Juan Fernández, a cientos de kilómetros de las costas de Chile, la información que llegaba era confusa. Felipe era uno de cinco empleados de TVN en camino a una de las islas, para producir un reportaje sobre las labores de reconstrucción después de que un terremoto y un maremoto destruyeran su ciudad principal en febrero de 2010. Los reporteros noticiosos señalaban que el avión de la Fuerza Aérea de Chile en el que viajaban había hecho dos intentos de aterrizaje con mal tiempo antes de caer. Cerca de la pista de aterrizaje, las autoridades encontraron equipaje y restos de la nave.

De pronto, mientras miraba los noticieros que relataban los pormenores del accidente y los esfuerzos de búsqueda y rescate, me sentí muy mal. Aunque conocí a Felipe unas horas antes, me impactó nuestra conversación sobre la fe. Felipe me pareció genuinamente emocionado cuando hablé de mi ambición por tener más que una existencia prolongada en esta Tierra, y mi deseo de vida eterna con Dios. La naturaleza de sus preguntas y su mirada atenta, me dieron la sensación de que aquel hombre buscaba el camino hacia una vida más espiritual. No podía dejar de pensar en Felipe y en los demás pasajeros del avión, y en el sufrimiento de sus familias y seres queridos. Oré incesantemente por ellos. Aunque me resultaba difícil enfocarme en otra cosa, tenía programada desde hacía meses una conferencia la noche siguiente ante cinco mil personas, y debía prepararme a pesar de la tragedia desencadenada ante mí.

La prensa calificó mi participación en el programa como “la última entrevista” de Felipe, y todos los canales la retransmitían, alternándola con los sombríos reportajes de la operación de búsqueda y rescate. Pasaron horas y horas sin noticias de los sobrevivientes. Primeramente encontraron restos de la nave, y más tarde algunos cuerpos no identificados.

Esa tarde, un ejecutivo de TVN llamó para pedirme que volviera al canal para dirigir una oración en vivo por los pasajeros de la nave y sus familias, amigos y compañeros de trabajo. Aunque acepté, me cuestioné cómo podría darles esperanza y dejar sitio para lamentarse por las pérdidas humanas. Aún no sabíamos si había sobrevivientes, ni siquiera si habían encontrado a todos los pasajeros. Durante la oración televisada por TVN comenté que cuando vi la noticia del accidente por primera vez, le dije a alguien: “Gracias a Dios porque existe el Cielo”. Sentí pena por los que podían haber muerto o sufrido en el accidente, pero me reconfortó la idea de que encontrarían la paz y el amor de Dios en otra vida. «El Cielo es real y Dios es real. Debemos garantizar que nuestro tránsito con Él sea real. Caminaremos de la misma manera que mis padres me enseñaron a vivir: paso a paso, con Cristo a nuestro lado», dije en mi mensaje.

SE REVELA SU PLAN

Al terminar mi mensaje ante las cámaras, varios ejecutivos de TVN me pidieron que les hablara a casi trescientos empleados. Tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para mantener mi compostura frente a aquel grupo adolorido que temía haber perdido en el accidente a sus compañeros de trabajo. También me abrumaba la emoción, especialmente cuando la joven que se desempeñó como intérprete en el programa de Felipe y Carolina vino llorosa a abrazarme. Consideraba a Felipe un ejemplo que admiraba enormemente y estaba muy consternada.

Luego de consolarla y orar con ella, un director de TVN me llamó aparte y dijo: «Nick, quiero que sepas lo que le ocurrió a Felipe después del programa de ayer». En principio me sentí confundido, porque me pareció una reacción casi optimista en aquel ambiente tan sombrío, pero cuando me narró la historia, comprendí la razón de su alegría. Era el mismo caballero cristiano que dirigió mi segmento el día anterior, dejando que la entrevista se extendiera el doble de lo programado, quien me aseguró que mis impresiones sobre Felipe aquel día eran exactas. El presentador llevaba mucho tiempo en una búsqueda espiritual, tratando de encontrar su camino a Dios.

El director añadió que había tratado frecuentemente temas de fe con Felipe, en espera de llevarlo hacia el Señor. Felipe estaba cada vez más cerca de aceptar a Jesús en su corazón, pero aún no había dado el paso. Desde mucho tiempo atrás, le había expresado a Felipe su esperanza de que algún día se convirtiera en predicador para ayudar a los necesitados en Chile. Después de mi comparecencia en el programa, Felipe confesó que al fin había podido apreciar el valor existente en ese cambio de profesión.

El director aseguró que pude haber ayudado a que Felipe se acercara un paso más a Dios a sólo horas del accidente. Al escuchar aquella afirmación, le agradecí una vez más a Dios por revelarme Su plan. Me hace sentir humilde pensar que pude ser una herramienta en Sus manos para beneficiar a los demás.

LA OPORTUNIDAD APROVECHADA

Esa noche, a pocos minutos de mi alocución ante cinco mil personas en la Arena Movistar de Santiago, una joven subió al escenario y me susurró al oído que el gobierno había anunciado oficialmente que la tripulación y los veintiún pasajeros a bordo del avión en el que viajaba Felipe perecieron en el accidente.

Episodios como éste nos parecen una injusticia. Cuando nos golpea la muerte de un amigo o un ser querido, una enfermedad, la ruptura de una relación sentimental o las crisis financieras, no se debe culpar a Dios, sino tener fe y saber que Él nos reconfortará con alegría, paz, fuerza y amor.

Lamenté la pérdida de aquellas vidas, y me solidaricé con las familias de las víctimas. Pero me sentí agradecido porque mi testimonio y mis respuestas a las preguntas de Felipe en el curso de nuestra entrevista pudieron haberlo ayudado a dar unos cuantos pasos más en su camino a la salvación eterna.

Al enterarme de que no hubo sobrevivientes en el accidente, hice una breve pausa para darle la noticia a la audiencia, cuyos integrantes se ofrecieron consuelo unos a otros. Muchos sollozaron en silencio sobre el hombro de la persona a quien tenían al lado. Luego, les pedí a todos que se unieran a mí en oración por las familias y amigos de las víctimas, por el equipo de TVN, y por todos los chilenos, quienes en los últimos años no sólo habían tenido que sufrir por este accidente de avión, sino también a causa de terremotos y del derrumbe de una mina en la que quedaron atrapadas treinta y tres personas, ocurrido durante mi primera visita a aquel hermoso país un año atrás. Finalmente, hice un recuento de la maravillosa entrevista en la que participé el día anterior con Felipe y Carolina, elogiando su generosidad al extender su duración de veinte a cuarenta minutos. Y dije: «No sabía entonces que mi primer encuentro con Felipe sería el último».

Una realidad dulce y amarga a la vez. Amarga, porque ese día Felipe y yo establecimos una conexión, y esperaba poder hablarle algún día del tema de mi fe con mayor amplitud. Pero ya no habría tal oportunidad. Y

dulce, porque no perdí la oportunidad más importante con Felipe. Soy un hombre de fe, y la puse en acción al proclamarla y compartir mis ideas con Felipe cuando éste me preguntó al respecto. No vacilé. Creo que mi propósito es llevar a Dios la mayor cantidad de almas posible, y por tanto obré en concordancia con ese propósito.

Lamento que Felipe y el resto de los pasajeros del avión ya no estén con nosotros, pero no me arrepiento de mi interacción con el presentador. En realidad, me siento bendecido porque Dios me permitió compartir mi fe.

Nunca debes perder la oportunidad de obrar en correspondencia con tu fe o creencias, porque podrías ser la última persona que influya en alguien para darle valor o inspirarlo. Nadie sabe cuándo nos llega la hora de pasar de esta vida a la otra. Por eso, debes definir tu propósito en la vida. Decide lo que sabes de acuerdo con los hechos y lo que crees basándote en la fe. Luego, actúa para cumplir tu propósito en concordancia con esas convicciones. Nunca te arrepentirás de vivir así.

Puse mi fe y mis creencias a disposición de Felipe, de Carolina y de sus millones de televidentes. Les hice saber exactamente cómo me sentía y por qué. Admití que no siempre soy fuerte, que tengo dudas por momentos, y que me siento confundido en ocasiones. Mi fe es sólida, y algunas veces me resulta difícil ver con claridad cómo todo tiene un propósito perfecto. Pero trato de inspirar a los demás a asumir su camino y saber que no están solos.

No me arrepiento de abrirme al prójimo y proclamar mi fe. Tú debes hacer lo mismo, independiente del propósito que esperas cumplir. Cuando pones en acción tu fe y tus creencias, descubrirás la vida para la que fuiste creado.